



Finlayson, Filósofo de América

Por ARTURO PIGA

La aparición de la "Antología" sobre los escritos de Clarence Finlayson —prólogo y selección de Tomás P. Mac Hale— constituye un singular acontecimiento en el campo del ensayo filosófico y la crítica literaria. Con sus 474 páginas contribuye del modo más vivo y directo a poner en evidencia en qué medida la reflexión sobre temas filosóficos ha alcanzado un sorprendente grado de madurez o está en vías de lograr el carácter riguroso que le corresponde en el destino cultural del continente. No resulta fácil, sin embargo, dar una idea de la riqueza de este pensador en el doble aspecto: ideológico y estético, sobre todo si se tiene en cuenta el alcance y sentido de los temas que aborda y el análisis crítico de la realidad humana que realiza en aspectos tan preocupantes como aquellos que se refieren al amor a la verdad y comprensión de la idea de Dios, a la meditación de carácter místico-poética y actitud espiritual del hombre ante la muerte.

El sugestivo y documentado prólogo —que precede a la selección— subraya con mano experta e intuición aguda la rápida y asombrosa carrera de Finlayson a través de la admiración que de inmediato le dispensaron notables filósofos y pensadores, ensayistas e intelectuales de la época, como también de su asidua y valiosa colaboración en las más importantes revistas de habla hispana junto a la participación brillante que le cupo en Congresos y Reuniones. ¿Qué doctrina y orientación filosófica le sirvieron de base en modo tal que aun cuando no cumplía 30 años de edad —allí por 1942— ocupaba ya un sillón de la más elevada jerarquía en la tribuna del pensamiento americano? Al abandonar nuestro país —alrededor de 1938— después de haber obtenido decisivos triunfos como conferenciante y profesor de la Universidad Católica de Chile y del Estado inicia su periplo peregrinación que de

la poesía, definida por él mismo como el "arte de la expresión eminentemente conceptual".

La sola evocación del itinerario de este filósofo viajero a causa de las honras y frecuentes invitaciones que recibió de EE. UU., España y México, Colombia y Venezuela, Panamá y Guaymas, Argentina y Uruguay hacen inútil todo comentario en referencia a sus méritos y múltiples capacidades. En los escasos 20 años que dedicó a tan significativa tarea combinatoria la meditación con la docencia, la actividad de publicación y conferenciante. Algunas de sus obras como "Intuición del Ser y experiencia metafísica" y "Dios y la filosofía" —contribución al conocimiento y crítica del pensamiento tomista— alcanzaron renombre internacional. Es de lamentar pues que gran parte de sus escritos hayan sido sólo conocidos por especialistas, quienes coinciden al destacar la riqueza metafísica de todos ellos. Finlayson buscaba sobre todo la solución al problema de Dios y la esencia de la verdad, transfiriendo de su existencia acosada por la inquietud del más allá y la inabundancia de la muerte.

A pesar del estilo sencillo y lógico con que se expresa, su pensamiento no se había exento de contradicciones aparentes. Influenciado por el famoso y equivoco aforismo atribuido a Aristóteles, creyó encontrar la clave de tales problemas suponiendo que "la experiencia exterior como tal se antepone a la idea del yo". Por cierto, no debió haberle sido fácil escapar la oposición entre el empirismo sensualista de Condillac y el idealismo absoluto hegeliano. ¿Qué precede a qué en esa dicotomía irreductible de la subjetividad y mundo exterior? Al aceptar esta última alternativa, se rechaza el idealismo y ahuyenta toda posibilidad solipsista. Aparece así protegida la ciencia de todo relativismo vago e inconsistente, pero se corre el riesgo de no poner el mayor énfasis en la prioridad de nosotros mismos y con ello anular la perspectiva de toda legítima metafísica, como lo

hace el positivismo al detener el vuelo inmarcescible del poeta místico y sofocar su potente fantasía creadora.

Ahora bien: la psicología admite que muy probablemente se viene al mundo con un pequeño caudal de conocimientos y confusa visión de la experiencia todavía inédita. Es realmente este pequeño caudal, vago y apenas intuíble, que le sirvió a Finlayson, puntivo al empirismo —aun cuando no lo declara taxativamente— para enlazar nuestra naturaleza ontológicamente en la de Dios como "iniciación solemne y reflejo del misterioso origen profundo y hondamente religioso. "Tarea conatural al hombre —postula Finlayson— es aspirar y meter al universo dentro de sí mismo", fórmula al parecer anticitatiana, pero en el hecho más apretada y profunda, exaltante y magnífica que el "cogito ergo sum". Definida nuestra existencia en su raíz ontológica medular —imagen de lo divino corporeizado en el individuo— poéticamente y en términos teológicos sostiene que "la intuición metafísica, desde donde puede contemplarse el territorio infinito del ser y de sus relaciones con la realidad en general, permite el curso de causa en causa hasta la causa incausada, principio del universo y de la inteligibilidad misma".

Llegado a este punto —y sin abandonar la esfera del ámbito metafísico— afronta el problema de la expresión de la cultura americana con sus manifestaciones de tangibilidad real como le ofrecen: México, Colombia, Argentina y en sus comienzos o posibilidades ulteriores, Brasil y Chile. No obstante, considera Finlayson, perentoriamente necesario cumplir como imperativo la superación de la corriente positivista que, si bien es cierto "ha favorecido la conquista material y asegurado la existencia delectable, no la menos que amenaza transformar el pensamiento en un resaca sobre la existencia humana y en una experiencia en valores humanos que retiene en la infancia toda forma de proceso espiritual, como ha ocu-

rrido en los EE. UU.". Evidentemente su preferencia se dirige a los actuales valores europeos neotomistas cuyo gran maestro sigue siendo Maritain, aunque en su ecuación de sereno racional —místico— poético incluye, además, con especial simpatía, las líneas esenciales del existencialismo al margen de la moda de un sartreísmo a ultranza o de una postura hedgeriana pedante y presuntuosa. Para Finlayson —y como reminiscencia de la angustia de Kierkegaard— "cada vez más, el misterio de la existencia ronda en su total invasión interrogante el fundamento: problema del hombre y su temblorosa y estremecida inquietud".

Adherido a nuestra tierra por el nacimiento y la educación, resolvió regresar a Chile en 1953 presintiendo quizá su próximo fin. Pero su espíritu al incluir la realidad del momento comenzaba a ser alcanzado por el escepticismo. Spengler —"germano como Hegel y

Marx"— ya había vaticinado el destino de Occidente: totalitarismo nacionalista y muerte del "homo sapiens" a manos del "homo faber", vía crucis de la metafísica y de Dios, mecanización integral y extravención suicida, divinización de la técnica y auge del industrialismo... "Nel mezzo del camin de nostra vita mi ritrovai per una selva oscura che la diritta via era smarrita...". Sin embargo, aunque sin advertirlo para Finlayson su misión, que nos honra y enorgullece, se hallaba cumplida con amor y lucidez. De las repúblicas hermanas había traído como valioso legado el afecto y la comprensión de los amigos entrañables: Romero y Astrada, López de Mesa y Enrique Blanco, Antonio Caso y Leopoldo Zea. En reciprocidad había logrado contribuir a plantear ardientes problemas de metafísica y teología y al mejor conocimiento de nuestros poetas máximos: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, junto a la divulgación de su propio punto de vista crítico filosófico de algunos de los grandes poetas de todos los tiempos: Dante y Leopardi, Quevedo y García Lorca.

MEXICANO
N.º 1.109
S. A. T. A. S. O.

673811

AUTORÍA

Piga Dacchena, Arturo, 1898-1987

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Finlayson, filósofo de América [artículo] Arturo Piga.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile